

EMILIO PRADOS, CENTENARIO

El centenario del nacimiento o de la muerte de un escritor ha servido siempre para revisar el conjunto de su obra con nueva luz crítica y reconsiderar su papel en la historia literaria. Algunos fueron ocasión para que los más jóvenes reivindicaran su estética poética —o la ética de su ejemplo cívico— (Góngora, Garcilaso, Larra) y los actualizaran como signos de identidad propia. En los últimos tiempos los centenarios se han convertido en campo de actuación preferente para la industria cultural, para el mecenazgo de grandes empresas o sus fundaciones, y sobre todo para las instituciones públicas. Ayuntamientos, diputaciones y gobiernos autónomos saben que gastar el presupuesto en honrar el centenario de un escritor de la tierra apenas tendrá oposición y sí buenos réditos políticos.

Sin embargo, en demasiadas ocasiones, acabados los congresos de especialistas y descolgadas las exposiciones oficiales, el escritor y su memoria suelen regresar pronto a su dormido lugar en la historia. Sólo en contadas ocasiones la celebración del centenario consigue con creces su objetivo, pues incluye lo único que puede servir para rescatarle con eficacia del olvido: la revisión científica de su etopeya y la edición actualizada de sus obras. Así ocurrió en 1996 con el de Gerardo Diego. Así ha ocurrido, y de modo muy especial,

en 1999 con el de Emilio Prados (1899-1962), porque los investigadores se han volcado en la tarea de resarcir las carencias que presentaba su bibliografía y se ha producido un considerable número de publicaciones pradianas.

La celebración del centenario de Emilio Prados ha contado con un Congreso bastante completo, desarrollado en marzo en Málaga por el Centro Cultural de la Generación del 27, con la participación de los principales especialistas en la personalidad y el contexto histórico y literario del poeta: Carlos Blanco Aguinaga, Antonio Carreira, Patricio Hernández, Francisco Chica, James Valender, Nigel Dennis, Gabriele Morelli, Díez de Revenga, Díaz de Guereñu, Lorenzo Saval, etc., cuyo volumen de actas a punto de aparecer¹ permitirá ampliar substancialmente el horizonte de nuestro conocimiento sobre su vida y su obra.

La institución malagueña completó la organización del Congreso con una labor editorial encomiable por abundante y variada, como la reedición del pionero trabajo de Blanco Aguinaga;² la traducción del estudio de Harriet K. Greif;³ y la novedosa publicación facsimilar de *Mosaico*,⁴ primera versión de su libro *Tiempo* que Prados había enviado a Juan Ramón Jiménez por medio de Bergamín, y encontró Francisco Chica en el Archivo Juan Ramón Jiménez del Archivo Histórico Nacional. Por cierto que este manuscrito fue encontrado de forma paralela también por el equipo de Christopher Maurer, que hizo aparecer simultáneamente su

¹ **AA.VV.** *Emilio Prados. Un hombre, un universo (1899-1999)*. Málaga : Centro Cultural de la Generación del 27, en prensa.

² **Blanco Aguinaga, C.** *Emilio Prados: Vida y Obra*. Málaga : Centro Cultural de la Generación del 27, 1999.

³ **Greif, H.K.** *Historia de conocimientos. La poesía de Emilio Prados*, traducción de Juan Jesús Zaro. Málaga : Centro Cultural de la Generación del 27, 1999.

⁴ **Prados, Emilio.** *Mosaico (Poema con espejismo)* / Introducción de Francisco Chica. Málaga : Centro Cultural de la Generación del 27, 1999.

edición.⁵ Pero la iniciativa privada también ha apostado por el rescate del malagueño. El Congreso de Málaga fue un buen escenario para que Francisco Chica presentase su libro sobre las lecturas de Prados, rastreadas fundamentalmente a través de su correspondencia con León Sánchez Cuesta.⁶ Y a lo largo del año han aparecido otras ediciones de textos del malagueño: la de sus primeros libros publicados preparada por Francisco Díez de Revenga;⁷ y al cabo del año, la de *Jardín Cerrado*,⁸ su primer gran libro después de la guerra, el volumen que como señala Díaz de Guereñu despejó cualquier duda a sus amigos (Guillén, Diego, etc.) sobre la grandeza de Emilio como poeta.

No debe olvidarse entre las iniciativas perdurables del Centenario Prados el número monográfico que le dedicó la revista *Ínsula*, tantos años hecha por su entrañable amigo, su compañero José Luis Cano, que murió al tiempo de ser homenajeado en el cuadernillo central de ese mismo número 628 del mes de abril. Quienes compartieron en la juventud, el aire y el color del mar de Málaga volvían a encontrarse, si simbólicamente, en estas páginas escritas con rigor y con corazón. El número contiene estudios de Manuel Salinas sobre los diarios de Prados; de Díez de Revenga sobre su primera etapa poética; de Ana Rodríguez Fischer sobre *Seis estampas para un rompecabezas*; de Alfonso Sánchez sobre la amistad con José M^a Hinojosa; de Julio Neira sobre la crisis de su revista *Litoral*; de José M^a Barrera sobre la vinculación con *Mediodía*; de Gabriele Morelli sobre el episodio de la *Antología* de

⁵ **Prados, Emilio.** *Mosaico. Poema con espejismo* / Edición de Christopher Maurer, Anne Connor y María Paz Pintané. Madrid : Calambur, 1998.

⁶ **Chica, Fracisco.** *El poeta lector. La biblioteca de Emilio Prados.* Arncroach : La Sirena, 1999.

⁷ **Prados, Emilio.** *Tiempo. Canciones del Farero. Vuelta* / Edición de Francisco Javier Díez de Revenga. Madrid : Biblioteca Nueva, 1999.

⁸ **Prados, Emilio.** *Jardín Cerrado* / Edición de Juan Manuel Díaz de Guereñu. Madrid : Cátedra, 1999.

Gerardo Diego; de Antonio Jiménez Millán sobre la poesía pradiana de la guerra civil; de Díaz de Guereñu sobre la formación del pensamiento de Prados; de Gemma Suñé sobre su concepción filosófica. Cierra el número Patricio Hernández, director de esta panorámica revisión del malagueño, con un estudio sobre *Signos del ser* y su poesía última.

Una excelente exposición, inaugurada en otoño en las salas del Palacio Episcopal de Málaga (por contradictorio con la biografía de Prados que parezca) y viajera en invierno a la Residencia de Estudiantes de Madrid, ha permitido reunir por fin en España su memoria a través de los objetos, las imágenes y sobre todo los libros que no pudieron volver con él en vida del largo y duro exilio mexicano. Todo aquello, en suma, que explica los pormenores a veces trágicos de una vida: cartas, revistas, cuadros, fotografías, dispuestas con la sensibilidad característica de Lorenzo Saval, sobrino del poeta. El carácter efímero de la muestra ha sido compensado con éxito con la elaboración de un catálogo excelente,⁹ grande en dimensión pero sobre todo en calidad, coordinado por Francisco Chica, comisario de la exposición, que será en el futuro punto de partida ineludible para toda aproximación rigurosa al estudio sobre nuestro poeta.

Este catálogo, libro en realidad, se abre con un texto de Blanco Aguinaga sobre el carácter de la efeméride para distribuirse luego en dos partes bien diferenciadas, dedicada a la Vida la primera, a la Obra la segunda. La primera comienza con una sintética visión de conjunto a cargo de Francisco Chica, quien ha preparado la minuciosa biobibliografía que sigue, ilustrada con un abundante Álbum fotográfico, en cuyo diseño se aprecia la mano experta de Gonzalo Armero, que nos acerca los aspectos más vitales del Prados histórico y cotidiano. Se distribuye la vida de Prados en tres núcleos básicos desarrollados por diversos especialistas. 1899-1930:

⁹ Chiva, F. (ed.): *Emilio Prados, 1899-1962*. Madrid : Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1999.

adolescencia, juventud, iniciación a la poesía, están a cargo de Patricio Hernández, con textos complementarios de Juan Pérez de Ayala sobre el ambiente intelectual malagueño de la época y una evocación de José Antonio Muñoz Rojas. Los años de la República, a la que Prados siempre se mantendría fiel, 1931-1939 son analizados por Andrés Soria Olmedo, con textos breves de Antonio Jiménez Millán, Tomás García y Adolfo Sánchez Vázquez. Por fin, el exilio: 1940-1962 es estudiado por James Valender con su precisión y sensibilidad habituales. Textos de Francisco González Aramburu y Enrique de Rivas abundan en detalles de la estancia del malagueño en México; y otros de Gemma Suñé y Harriet K. Greif más de conjunto completan esta parte biográfica.

La dedicada a su Obra está compuesta ante todo por la palabra poética de Prados. Es una selección breve, *muestra-rio* lo llama quien lo ha espigado e introducido: Tomás Segovia, poeta de las más jóvenes promociones que hubieron de salir al exilio en 1939, y formado en la juvenil convivencia con Prados. Es una selección sucinta, apenas unos cuantos poemas de cada libro, pero substancial y significativa de su poesía, coherente e intensa como pocas. Un estudio de Antonio Carreira recorre después la historia editorial de Prados, como autor y como editor, pues a su trabajo como tipógrafo se deben algunas de las obras más emblemáticas de nuestra historia literaria, como la colección de suplementos de *Litoral*, la primera y conflictiva edición castellana de *Poeta en Nueva York* de García Lorca en el México de 1940, o *La Realidad y el Deseo* de Luis Cernuda. Por último, encontramos una muestra de correspondencia del poeta, con nota introductoria de Juan Manuel Díaz de Guereñu. Ésta es la parte más débil del libro. Se aprecia que aquí ha sufrido más los recortes del tiempo y la finitud de los presupuestos. Y es de lamentar precisamente porque la calidad de los epistolarios de Prados que conocemos, alguno gracias al buen hacer de Díaz de Guereñu, y la importancia de algunos que restan por publicar merecía una presencia mucho más significativa. No

obstante, la principal carencia que se observa en el catálogo es la de una sección específica de bibliografía pradiana. En los ensayos que he mencionado se cita al pie la utilizada en cada caso, pero sería de gran utilidad una relación ordenada de la referencia bibliográfica de las obras de Prados y de los estudios que sobre ella se han publicado. Se ha desaprovechado la oportunidad para haberla recopilado.

Como se ve, el año 1999 ha sido pródigo en publicaciones acerca de Prados. Pero aún era posible más. Y casi ya en el 2000 vio la luz la publicación que sin duda asegurará la eficacia más permanente del Centenario: los dos volúmenes de sus *Poesías Completas*,¹⁰ en excelente edición de Carlos Blanco Aguinaga y Antonio Carreira.

Pocas veces se habrá hecho tanta virtud de la necesidad, porque Emilio Prados era aún uno de los de los poetas del 27 peor conocido y editado. Los mismos Blanco y Carreira publicaron en México una edición anterior del conjunto poético de Prados. Fallida por avatares editoriales, que retrasaron su aparición desde 1969 en que fue entregada hasta 1975, y de distribución difícil en la España de la transición. Pero fallida también por el criterio seguido por los editores de reconstruir la poesía de Prados a partir de distintas reelaboraciones de sus libros hechas por el poeta en los últimos años y de manuscritos conservados en su archivo. Recopilaron la poesía de Prados tal como suponían que debía haber sido y no como en realidad fue publicada. Esa edición *virtual* falseaba la trayectoria poética histórica del malagueño; presentaba libros que nunca se publicaron como tales e introducía más confusión a una historia poética de por sí compleja. Ahora, con autocrítica inusual que les honra, Carreira y Blanco corrigen su criterio y presentan la secuencia de libros y poemas tal como Prados los publicó, presentando en apéndices otros poemas sueltos, versiones y manuscritos póstumos,

¹⁰ **Prados, Emilio.** *Poesías Completas* / Edición de Carlos Blanco Aguinaga y Antonio Carreira. Madrid : Visor, 2 vols., 1999.

entendiendo que la obra de un poeta no es aquella que desde la plenitud de su vida él quiere que hubiera sido, sino la que sucesivamente fue construyendo y entregando a los lectores.

La dificultad de acceso a la poesía de Prados nace del silencio en que él mismo se sumió durante años. Hoy sabemos que entre 1928 y 1936, los años más prolíficos e históricamente estratégicos de la poesía española contemporánea, Prados escribió de modo incesante. Libros de hondura y belleza como *El misterio del agua* y *Cuerpo perseguido*, textos de intensidad expresiva fruto de su compromiso cívico y político como *Calendario incompleto del pan y del pescado*, *Andando, andando por el mundo* o *La tierra que no alienta*, que hubieran igualado cuando no superado en calidad a la mayoría de los editados en esos años. Pero Prados no publicó entonces ninguno de ellos. Sólo los dio a conocer, fragmentarios y ya extemporáneos, en la *Antología* que publicó en Losada en 1954, cuando el exilio le había distanciado irremisiblemente.

En 1925 (año liminar, para el que había destruido ya los manuscritos de cuatro libros iniciales) Prados fue de los primeros en comprender que estaba naciendo un grupo poético. Para difundir la nueva poesía creó la Imprenta Sur y la revista *Litoral* con su colección de suplementos. Entre 1926 y 1928 publicó a Lorca, Alberti, Cernuda, Altolaguirre, Moreno Villa, Hinojosa, Bergamín, Villalón. En Sur publicó entre 1925 y 1927 sus libros *Tiempo*, *Canciones del Farero* y *Vuelta*. Agotó sus esfuerzos y muchos recursos de su padre en la empresa. El fracaso en su pretensión de formar un grupo surrealista español con Cernuda, Aleixandre e Hinojosa en 1930 le encerró más en sí mismo. Su convicción surrealista primero, y el compromiso con la lucha obrera enseguida, le hicieron sentirse a contracorriente y pronto desengañado por la deriva de *institucionalización poética generacional* que observaba en los demás. Por eso se negó a figurar en la *Antología* preparada por Gerardo Diego, que le incluyó en la edición de 1932 contra su voluntad y suprimió su participación

en la de 1934. El resultado sería a la postre su arrinconamiento en el apartado «Otros poetas de la generación del 27» en los manuales escolares de historia literaria.

Los avatares del tiempo histórico reclamaron su activa participación poética durante la guerra civil en el bando republicano. Poesía de combate, sólo eficaz hecha pública, que reúne en *El llanto subterráneo*, *Llanto en la sangre*, *Romances* y *Cancionero menor para combatientes*. Su militancia y el transterramiento definitivo en que se convirtió el exilio tras la derrota explican, además, el ostracismo editorial que su obra sufrió en la España franquista durante decenios.

Y sin embargo, Emilio Prados es uno de los poetas españoles más auténticos, coherentes e intensamente líricos del siglo. Pocas veces como en su escritura la poesía es una forma de conocimiento de la realidad y de sí mismo; de la realidad natural y de esa otra realidad interna que Kant propugnaba en las cosas. Su panteísmo desde las estancias infantiles en los Montes de Málaga para convalecer de la enfermedad pulmonar nunca curada; los terrores nocturnos de la infancia que le abisman en otra realidad psicológica; la adolescente asunción de una sexualidad conflictiva (pansexualidad en un amor-amistad, según algunos estudiosos); su formación en literatura y filosofía alemanas durante sus estancias en el sanatorio Davos en Suiza y en la Universidad de Friburgo; sus escalas en París donde traba temprano contacto con la vanguardia literaria y su conocimiento de Freud y el psicoanálisis antes de ser traducidas en España, etc. serían elementos constitutivos de la peculiar personalidad de Prados, que produce una poesía de introspección existencial claramente diferenciada de la de sus coetáneos. A los que sin embargo irá sintiéndose más unido conforme pase el tiempo y se decante lo esencial en nostalgia.

Los libros escritos durante el exilio en México (*Mínima muerte*, *Jardín cerrado*, *Río natural*, *Circuncisión del sueño*, *La piedra escrita* y *Signos del ser*) serán escalas en un proceso continuo de depuración de la experiencia personal, de la

memoria individual y colectiva, desvanecidas las urgencias históricas y desengañada la esperanza del regreso; y de profundización intelectual en su visión del mundo, del que él se siente ínfima parte, apenas piedrecilla («piedra pequeña» en León Felipe), pero consustancial al todo.

Poesía esencial, de un alcance metafísico, casi ontológico, desenlace de una lucha continuada por encontrar el lenguaje más exacto, el término justo que logre presencia real del concepto; pero de expresión nítida, directa en su autenticidad lírica. Poesía de Emilio Prados cuya lectura completa tanto tiempo nos fue hurtada y esta excelente edición nos restituye. Aprovechemos la oportunidad del Centenario para hacer definitivamente nuestra la poesía de Emilio Prados.

JULIO NEIRA